

Conclusiones

Lo que Bolivia nos enseña

Jim Shultz

Este libro se inició con una pregunta: ¿Qué es globalización? Ahora termina con otra: ¿Qué es lo que Bolivia y sus experiencias nos enseñan acerca de conseguir que la globalización se convierta en una fuerza que logre justicia y equidad, en vez de una receta para la explotación y el abuso?

Teoría versus realidad

Una lección que Bolivia nos enseña trata sobre la ancha brecha existente entre teoría y realidad. Por un lado, mucha de la fuerza detrás de la economía globalizada proviene de las reglas no escritas del libre mercado. El capital fluye donde puede obtener mayor ganancia. Los trabajadores se dirigen a tierras donde pueden ganar mejores jornales. Las naciones intercambian bienes porque los compradores y vendedores se benefician. Pero la globalización económica también está formada dramáticamente por otras reglas que están escritas y que son materia de elección y no de destino. Creadas para ser cumplidas por extraordinariamente pocas personas e instituciones, esas reglas globales se basan en una serie de teorías de cómo funciona el mundo. Durante dos décadas, Bolivia ha sido un laboratorio de pruebas para esas teorías y el experimento no ha funcionado bien.

Vez tras vez, las instituciones globales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI), aconsejaron y obligaron a que Bolivia ponga sus teorías en práctica. Uno tras otro, dirigidos por una pequeña y próspera elite nacional, adoptó los reglamentos al por mayor motivado tanto por ideología como por intereses propios. Privatizaron los sistemas de agua públicos y las valiosas reservas de petróleo y gas de la nación, en manos de corporaciones extranjeras.

También vendieron las empresas estatales a compañías extranjeras. Recortaron el gasto público y elevaron los impuestos para poder pagar la deuda externa.

Y una y otra vez las teorías fracasaron en dar lo prometido. La privatización del agua elevó las tarifas por las nubes y puso precio a uno de los recursos esenciales para la vida que está fuera del alcance de mucha gente. La entrega del control del gas y el petróleo boliviano a corporaciones extranjeras nunca produjo los ingresos y fuentes de trabajo que los teóricos prometieron, pero sí causó un desastre medioambiental. Las exigencias del FMI de que Bolivia alcance una disciplina fiscal presupuestaria se tradujeron en nuevos impuestos dirigidos a la clase trabajadora pobre y en una rebelión que dejó 34 muertos. El desajuste económico ayudó a disparar el éxodo de cientos de miles de emigrantes al exterior.

En Bolivia, la brecha entre la teoría de la globalización y la realidad de la globalización nunca pudo ser más grande. A medida que las teorías fracasaban y las protestas aumentaban, los arquitectos extranjeros tenían una respuesta lista. Sólo que Bolivia aplicó mal las teorías. La mala aplicación se convirtió en la nueva teoría.

Esta lección de Bolivia no se refiere a complejidades económicas sino a la naturaleza humana. Los economistas y los que elaboran las políticas a un hemisferio de distancia, decidieron que sabían lo que era mejor para Bolivia, más que sus propios habitantes. Una gran cantidad de bolivianos, sin embargo, pensaba de otro modo. Creían que entregar el control de su agua y gas a corporaciones extranjeras era una mala idea. Entendieron que estaba mal cargar impuestos a la gente con los sueldos más bajos para pagar la deuda externa que beneficiaba principalmente a los pudientes. Sabían de estas cosas no por teoría sino por experiencia propia. Los bolivianos, y muchos de sus vecinos sudamericanos, han rechazado las políticas importadas desde Washington no por ideología sino porque fracasaron a un nivel netamente práctico.

Los funcionarios de las instituciones financieras internacionales no se despiertan cada mañana preguntándose “¿qué puedo hacer hoy para hacer más difícil la vida a los pobres?” En realidad, el problema tiene dos facetas. Primero, incluso si los que redactan las políticas actúan de buena fe, navegan en un mundo de teoría y supuestos que con frecuencia tienen poca relación con la verdadera manera en que las cosas funcionan en el terreno mismo. Segundo, no tienen la más mínima responsabilidad ante la gente cuyas vidas perjudican de un modo tan dramático. También es un hecho que esas instituciones sirven, no coincidentemente, a los intereses económicos y corporativos de las naciones ricas que las controlan. La democracia trata fundamentalmente sobre la gente afectada por decisiones políticas de carácter público, que tienen la capacidad de escoger a quienes toman dichas decisiones e influir en sus acciones. Según esa medida, es difícil imaginar un sistema menos democrático que la influencia que detenta el Banco Mundial, el FMI y otras instituciones semejantes en naciones como Bolivia.

En Bolivia existe también una versión casera referente a esa brecha entre la teoría y la realidad; la brecha entre lo que los críticos de la globalización buscan crear y lo difícil que es aplicar en realidad dicha creación. Si bien los habitantes de Cochabamba ganaron la mundialmente conocida Guerra del Agua, todavía están muy lejos de lograr las promesas de la revuelta; la empresa pública de aguas que recuperaron sigue siendo ineficiente y mal administrada. El presidente Morales se embarcó en un paso histórico con su decreto de ‘nacionalizar’ la industria boliviana de gas y petróleo privatizada, pero su gobierno está plagado por falta de conocimientos especializados y recursos que hagan de esa promesa una realidad.

Los bolivianos han sido valientes y estimulantes en sus declaraciones de lo que *no* quieren. Pero todavía están luchando por crear las políticas e instituciones que puedan edificar el país que *sí* quieren. La gobernabilidad y la administración pública requieren de capacidades muy diferentes a la protesta, e incluso la más gloriosa visión sobre las políticas públicas necesita concretarse con especial dedicación. La nueva mayoría política boliviana todavía combate por concretar sus visones políticas. Esto también es parcialmente fruto de las reformas concebidas en el exterior. Dos décadas desmantelando empresas públicas y asignando el mando a economistas conservadores y extranjeros, ha dejado poco espacio a otros para que logren la experiencia que necesitan para gobernar.

Oportunidades, pero ¿para quién?

Uno de los principales argumentos a favor de la globalización económica es su potencial de abrir nuevas oportunidades para los habitantes alrededor del mundo. Los trabajadores encuentran nuevos mercados para sus productos, los consumidores acceden a bienes más baratos y los inversionistas encuentran nuevas oportunidades para beneficiarse económicamente. Sin embargo, la experiencia boliviana con la globalización alimenta muchas preguntas: ¿para quiénes son las oportunidades y a qué costo?

Viendo los resultados de dos décadas de baile boliviano con el neoliberalismo, queda en claro que los mayores beneficiados económicamente han sido las grandes corporaciones extranjeras que han utilizado las nuevas reglas para obtener lucrativas ganancias a expensas de la nación. A las empresas petroleras extranjeras, por ejemplo, se les dio el control de una industria estatal gasífera y petrolífera que vale miles de millones de dólares sin tener que pagar un centavo al tesoro boliviano por aquellos activos. También dentro de los grandes beneficiados se encuentran los funcionarios del gobierno boliviano que elaboraron las nuevas reglas y que, no es casual, se beneficiaron de ellas personalmente. Los líderes que ayudaron a enterrar a la nación en la deuda externa también se beneficiaron generosamente de los préstamos. El presidente Gonzalo Sánchez de Lozada, quien dirigió la privatización de los oleoductos y gasoductos bolivianos a favor de

las transnacionales Enron y Shell, también cosechó grandes frutos personales al beneficiarse de un acuerdo secundario por el cual se construyó una ramificación del ducto directamente hasta una mina de oro de su propiedad.

Otros favorecidos por la globalización boliviana también incluyen a los funcionarios públicos que se convirtieron en empleados de instituciones extranjeras, entre ellos fiscales ‘antidroga’ pagados por la Embajada de Estados Unidos y los cientos de funcionarios gubernamentales que recibieron salarios especiales, llamados ‘pluses’ de parte del Banco Mundial, del FMI y de otras partes. Su provecho personal se dio a expensas de la soberanía de su país.

Por otro lado, ¿quién ha perdido económicamente en Bolivia bajo las nuevas reglas de la globalización? Aquellos que dependen de los servicios públicos –educación, salud y otros básicos– han perdido porque los acuerdos privatizadores con compañías extranjeras disminuyeron los recursos disponibles para el tesoro público. De la noche a la mañana, decenas de miles perdieron sus puestos de trabajo por la venta de las empresas estatales. El medioambiente boliviano también se ha visto afectado por la destrucción causada por empresas extranjeras que no han sido reguladas por el gobierno de Bolivia.

En resumen, la experiencia boliviana subraya un grave problema a nivel mundial con el nuevo orden económico global. Para quienes tienen acceso al poder, a la educación formal y al capital, sí existen nuevas ventajas. Algunas de esas oportunidades son genuinas y honestas como las que tuvo la mujer de Cochabamba que ascendió por sí misma en la industria aseguradora internacional. Otras nuevas oportunidades no son tan benignas. Más importante aún, las experiencias bolivianas nos muestran que las oportunidades de la globalización siguen fluyendo mayormente a quienes sostienen las tradicionales llaves del privilegio. Si la globalización ha de incrementar la equidad en vez de la disparidad, las reglas del juego tendrán que ser muy distintas a las que han imperado en Bolivia durante las dos últimas décadas.

El desafío boliviano: un tipo de globalización diferente

Bolivia no está diciendo “no” a su integración en la economía global. Busca mercados externos para su gas y petróleo, conforma con sus vecinos ‘acuerdos comerciales de los pueblos’ y corteja a los inversionistas extranjeros. Bolivia está diciendo ‘sí’ a la globalización, pero la desafía a ser algo diferente.

Uno de los desafíos a la globalización que Bolivia propone es que sea justa en lugar de explotadora. Está exigiendo un precio razonable para sus ricas reservas de gas y la oportunidad de ser dueña de ese gas y poder industrializarlo para crear fuentes de trabajo y mejores oportunidades locales. Está buscando un acceso justo a los mercados estadounidenses para sus textiles y otros productos. Está buscando aliviarse de la deuda externa y de su dependencia. Reconfigurar la globalización en algo más equitativo implica cambios a todo nivel; desde cambios

en las leyes comerciales hasta la creación de microempresas que puedan acceder a nichos de mercado para las manufacturas, del mismo modo que los tejedores de Chuñu Chuñuni han hecho con sus creaciones textiles.

Bolivia también está desafiando el asalto de la globalización a su soberanía nacional. Los ciudadanos estadounidenses, por ejemplo, jamás aceptarían interferencia extranjera en su debate nacional referente a los servicios de salud privada versus los públicos. En Bolivia, similares debates sobre servicios públicos versus privados en asuntos como el agua y el gas, les fueron quitados de manos bolivianas por medio de las condiciones de ayuda impuestas por el Banco Mundial y el FMI. Al evitar préstamos del FMI, anular los bonos que Estados Unidos entrega a los fiscales antidroga y al delinear su propio camino económico y político, Bolivia también está exigiendo una modalidad de integración global que deje intacta su soberanía.

Finalmente, Bolivia ofrece una lección sobre el potencial de la globalización que no trata sobre la economía; se refiere al poder de la democracia popular. La historia social de los países desarrollados durante el último siglo está llena de esfuerzos dirigidos a crear movimientos e instituciones democráticas que puedan ocuparse de los límites y excesos de un mercado fuera de control; desde las protecciones laborales hasta las salvaguardas medioambientales. Hoy en día los mercados son globales y la democracia ciudadana está poniéndose al día.

En sus conflictos con corporaciones y gobiernos extranjeros, los activistas bolivianos han construido redes de solidaridad y apoyo que tienen alcance mundial y son poderosas. Las trabajadoras del hogar se han organizado internacionalmente. La condonación de la deuda externa fue producto de un esfuerzo global. La victoria de Cochabamba sobre el reclamo de la compañía Bechtel, por \$US 50 millones por compensaciones resultantes de la Guerra del Agua, se ganó gracias a una coalición de más de 300 organizaciones en 43 países. Bolivia nos ha demostrado, de modo contundente, cómo hacer del activismo un asunto global, creando intercambios, redes y un entendimiento que tiene impacto mundial.

A través de todos esos desafíos –económicos, culturales y políticos– Bolivia está resistiendo aquel aspecto de la globalización que pone en conflicto no sólo a las naciones sino también a los individuos: el impulso hacia el conformismo global. Como nos dice la Enciclopedia Británica, la globalización incluye un implacable aliento a que “la experiencia de vida diaria esté estandarizada alrededor del mundo”. Enfrentada a ese arrastre hacia la conformidad, el desafío de Bolivia se hace eco de un contramovimiento mundial que quiere mantener únicas a nuestras nacionalidades e individualidades.

También existe un eco de la historia de David versus Goliat en los relatos del desafío boliviano a la globalización. Aquí, una y otra vez, la gente humilde ha retado a los gigantes del mundo y ha ganado, incluso, en algunos casos, con honda en mano. ¿Qué es lo que ha llevado a los bolivianos a embarcarse en tales luchas?

Escuché la respuesta a esa pregunta, un día que estuve parado en una ladera ventosa de Cochabamba. Un muchacho de 15 años de edad me contó cómo se convirtió en activista político, decisión que lo llevaría a ser un joven ‘soldado del agua’ en la Guerra del Agua de Cochabamba.

Recuerdo que un día mi mamá me mandó a la tienda a que compre un *boliviano* de pan. Pero me dijo que no tenía dinero y que le pidiese al tendero si pudiésemos pagar después. Pensé para mí mismo, “mi madre trabaja tan duro y aún así tenemos que prestarnos un *boliviano* para comprar pan.” Fue entonces que me di cuenta que algo no andaba bien.

Durante dos décadas, los gobiernos e instituciones extranjeras le han dicho a Bolivia lo que tenía que hacer para poder prosperar en un mundo globalizante. Los llamados expertos tenían las respuestas. Los bolivianos que han vivido esa experiencia de primera mano, han llegado a la misma conclusión que aquel muchacho en la ladera; que algo está mal. Han luchado con gran coraje por un futuro muy distinto al que otros les han recetado, un futuro diseñado por ellos mismos.

Editores, autores y colaboradores

El Centro para la Democracia

Fundado en San Francisco, EE.UU. en 1992, El Centro para la Democracia trabaja a nivel internacional para el mejoramiento de la justicia social a través de una combinación de investigaciones y reportajes, entrenando a personas en las capacidades del apoyo público y organizando campañas internacionales realizadas por la ciudadanía. Por medio de todos esos esfuerzos, el Centro trabaja para la formación global de ciudadanos que entiendan los asuntos de interés público y que tengan la capacidad de tomar medidas de acción a nivel público. Nuestra labor pone particular énfasis en la globalización de la economía y en el movimiento global por la democracia y la justicia.

Editores y autores:

Jim Shultz: Director ejecutivo del Centro para la Democracia. Graduado de la Universidad de California en Berkley y de la Universidad de Harvard. Es autor de dos libros; el más recientemente galardonado, *Democracy Owner's Manual* (Manual del demócrata), publicado por *Rutgers University Press* en 2002. Sus escritos sobre temas globales han sido publicados en revistas y periódicos a lo largo y ancho de Estados Unidos, Canadá e Inglaterra. Sus reportajes acerca de la Guerra del Agua de Cochabamba, Bolivia, en el año 2000, en el lugar de los hechos, ganaron honores de *Project Censor*. Jim ha vivido en Bolivia durante diez años.

Melissa Crane Draper: Obtuvo su maestría en Relaciones Internacionales en la Universidad Johns Hopkins (SAIS) en Washington, concentrándose en temas de desarrollo y género. Licenciada por el Dartmouth College, trabajó durante

dos años con mujeres de organizaciones de base en Bolivia y también en la zona rural de Maharashtra, India. Regresó a Bolivia en 2005 con una beca de la Fundación Earhart a efectos de trabajar en temas de género y de globalización, en coordinación con El Centro para la Democracia. Melissa ha vivido más de cuatro años en Bolivia.

Autores:

Nick Buxton: Oriundo de Inglaterra. Ocupó el cargo de gerente de comunicaciones en la campaña del Jubileo 2000 en contra de la deuda externa y ha publicado una serie de artículos sobre los éxitos y las limitaciones de este histórico movimiento global. También ha trabajado con la Fundación Solón, una institución boliviana que realiza investigaciones, promueve eventos culturales y publica artículos sobre temas de libre comercio, agua y género.

Gretchen Gordon: Cursa una maestría en Estudios Latinoamericanos en la Universidad de California en Berkley. Como anterior directora de la *Citizen's Trade Campaign* (Campaña Ciudadana de Comercio), de Washington DC, ha realizado investigaciones y escribe extensamente sobre América Latina y acerca de la globalización. Su trabajo ha sido publicado por el *Pacific News Service* (Servicio Noticioso del Pacífico), *The New Internationalist* (El Nuevo Internacionalista), *Dollars and Sense* (Dólares y Sentido-Centavos) y otros. Ha trabajado también en la defensa de temas relacionados a la globalización y al comercio durante siete años.

Cristina Haglund: Ha hecho de Latinoamérica su hogar durante cinco años, iniciándose como voluntaria del Cuerpo de Paz en Paraguay. Además de su trabajo de investigación sobre el derrame de petróleo de las compañías Enron-Shell en Bolivia con El Centro para la Democracia, se dedica a la fotografía y participa en proyectos relacionados a la educación rural y urbana, salud y a los derechos del ciudadano.

Aaron Luoma: Obtuvo su maestría en el *School for International Training* (Escuela de Entrenamiento Internacional) de Vermont, EE.UU. y ha vivido en Cochabamba esporádicamente desde 2002. Mientras ha vivido la mayor parte de los últimos 15 años en el exterior se ha dedicado a la enseñanza y a la coordinación de programas de intercambio cultural. También ha trabajado dos años con inmigrantes en El Paso, Texas, frontera de Estados Unidos y México.

Lily Whitesell: Llegó inicialmente a Bolivia en 2003 como estudiante por medio del *School for International Training* (Escuela de Entrenamiento Internacional), tiempo que empleó para estudiar la sociopolítica del urbanismo en Cochabamba. Antes de regresar a El Centro para la Democracia en 2007, organizó campañas para lograr jornales de subsistencia y derechos de los inmigrantes en el área de Washington DC. También ha trabajado para organizaciones culturales y de solidaridad en la comunidad boliviana de Arlington, Virginia, EE.UU. Ha

vivido en Bolivia durante tres años y es egresada titulada en Antropología de la Universidad de Virginia, EE.UU.

Colaboradores:

Carol Conzelman: Obtuvo su Doctorado en Filosofía, en antropología cultural, en la Universidad de Colorado, en Boulder, Colorado, EE.UU. En calidad de becaria de la *Fulbright*, dirigió un trabajo de campo en etnografía en los Andes bolivianos durante los años 2003 y 2004, estudiando asuntos de democracia y desarrollo en una zona de cultivos legales de coca. Examinó prácticas democráticas de municipios y comunidades, desarrollo rural, turismo de aventura y el impacto de la 'guerra antidroga' aplicada por Estados Unidos. También es profesora universitaria en antropología, en temas referentes a la globalización, el desarrollo y la democracia.

Caitlin Esch: Es graduada de la Universidad George Washington en Washington, y ha pasado año y medio viviendo y escribiendo en América del Sur, particularmente en Argentina y Bolivia. Durante 2006 actuó como editora de la revista ¡*Jallalla!* de El Centro para la Democracia en Cochabamba, Bolivia.

Linda Farthing: Es escritora, educadora y activista, y ha trabajado acerca de Bolivia durante 25 años, ocho de los cuales ha vivido en ella. Tiene amplia experiencia en desarrollo de comunidades de base tanto en Bolivia como en Nepal. Ha escrito y producido más de 50 artículos y reportajes radiales sobre Bolivia; recientemente ha publicado junto a Ben Kohl *El bumerán boliviano: Hegemonía neoliberal y resistencia social* (Impasse in Bolivia: Neoliberal Hegemony and Popular Resistance), publicado por Plural editores, La Paz, 2007 y por Zed Books, Londres, 2006.

Roberto Fernández Terán: Es catedrático en la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba, Bolivia. Ha escrito ampliamente sobre temas relacionados a las experiencias bolivianas con políticas económicas del exterior, incluyendo su libro, *FMI, Banco Mundial y Estado neocolonial*, publicado por Plural editores en 2003.

Leny Olivera Rojas: Es titulada de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba, Bolivia. Durante más de cinco años ha sido activista en organizaciones juveniles vinculadas a movimientos sociales, en particular en temas relacionados a los recursos naturales, medioambiente y cultura. Ha tenido un rol activo en intercambios interculturales en torno a la educación popular en Bolivia, Suecia y Tanzania. Actualmente, es coordinadora de proyectos y encargada del área informática del Centro para la Democracia.

Marcela Olivera: Egresada de la Universidad Católica de Cochabamba, Bolivia, durante cuatro años ocupó el cargo clave de Enlace en la Coordinadora para la Defensa del Agua y de la Vida en Cochabamba. El 2004 trabajó en *Public Citizen* (Ciudadano Público) apoyando la consolidación de una red interamericana

de organizaciones que trabajan el tema del agua (Red VIDA). Actualmente es la coordinadora latinoamericana del programa *Water for All* de *Food and Water Watch*, una organización con sede en Washington DC.

Aldo Orellana López: Es un activista boliviano vinculado a organizaciones sociales que trabajan asuntos inherentes a la realidad nacional, recursos naturales y medio ambiente. También realiza reportajes para algunos medios de comunicación independientes de Bolivia y del exterior. Es investigador en El Centro para la Democracia y estudia economía en la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba.

Coletta A. Youngers: Es consultora independiente y *fellow* de la *Washington Office on Latin America* (Oficina de Washington para América Latina) y ha realizado seguimiento al desarrollo de los acontecimientos en Bolivia durante veinte años. Es coeditora de *Drugs and Democracy in Latin America: The Impact of US Policy* (Drogas y democracia en América Latina: El impacto de las políticas de Estados Unidos) publicado por *Lynne Rienner, Publishers*, en 2005. Es autora de *Violencia, política y sociedad civil en el Perú: Historia de la Coordinadora Nacional de Derechos Humanos*, publicado por el Instituto de Estudios Peruanos, en 2003, y de numerosos capítulos en libros sobre las políticas estadounidenses de control internacional de drogas.